

ocasiones á los virtuosos y á los ejemplares; y cuando estés delante de tus hijos, haz estudio de celebrar la modestia, la devocion, la compostura de otros de su misma edad. Ninguna cosa es mas perjudicial á la perfeccion religiosa, que las particulares exenciones con que los superiores suelen atender á los mas imperfectos, al mismo tiempo que no hacen caso y aun atropellan á los mas fervorosos.

---

### DIA VEINTE Y CUATRO.

#### SANTA CATALINA DE SUECIA, VÍRGEN.

Santa Catalina, hija de Ulfon de Guthmarson, príncipe de Nericia en Suecia, y de la célebre santa Brígida, nació al mundo por los años de 1330. Quiso su santa madre criarla á sus mismos pechos, y de esta manera la bendita niña mamó la devocion con la leche. Parece que se anticipó en ella á la edad el uso de la razon. Desde la cuna no tuvo mas inclinacion que á la virtud, habiéndosela notado un sumo horror á todo lo que podía lastimar aun levemente la modestia, y no pudiéndosele darla mayor gusto que enseñarla á tener oracion.

Apenas la destetaron, cuando su santa madre, observando en la niña tan bellas disposiciones hácia la piedad, la entregó á la ejemplar abadesa de Risberg, para que á su vista se educase en su religioso monasterio. Siendo de siete años, como un día se hubiese estado jugando con otras niñas en tiempo que debiera estar haciendo labor, aquella noche recibió en sueños una reprehension tan severa, que despertó atemorizada, y deshaciéndose en lágrimas, para castigar aquel lijero gusto, prometió no volver jamás á divertirse en

ningun género de juego, lo que cumplió exactamente toda la vida.

Fué Catalina una de las mas celebradas hermosuras de su tiempo; y su vivacidad, su modestia y su eminente virtud la merecieron el concepto universal de ser la mas cabal princesa de su siglo. Por eso, luego que llegó á edad proporcionada, se declararon pretendientes de su mano los mayores señores de todo el reino; y el príncipe su padre, sin consultar la inclinacion de la hija, ni atender á la resolucion que habia tomado de consagrar á Dios su virginidad, la dió por mujer á Egardo, uno de los primeros próceres de Suecia.

En virtud del humilde rendimiento con que siempre habia estado sujeta á la voluntad de sus padres, se contentó Catalina con representar el deseo que tenia de no admitir jamás otro esposo que á Jesucristo; pero no fué atendida. Llena de confianza en la Reina de las vírgenes, dió su consentimiento, sin dar su corazon que habia consagrado á Dios, esperando que este Señor le conservaria el soberano honor de esposa suya.

Con efecto, el mismo dia de la boda habló la santa á su esposo con tanta elocuencia, con tanta energia y con tanta gracia, sobre el valor y mérito de la castidad, y le supo ponderar tan vivamente la dicha de conservar esta preciosa virtud aun en el estado mismo del matrimonio, que prevenido Egardo de la divina gracia, se dejó persuadir, y desde aquel mismo punto hicieron ambos voto de perpetua castidad, y de vivir como ángeles en una santa union conyugal.

Premió el Señor aquel acto tan heroico con extraordinarios favores. Derramó desde luego en sus puros corazones aquella celestial uncion, que llenando de tedio todos los gustos del mundo, hace suavísimo y ligero el yugo del Señor. El espíritu de ios dos santos esposos era uno mismo, y á un mismo objeto anhelaba



su corazon. Ejercitábanse como á competencia en la oracion, en la mortificacion y en obras de caridad. Catalina por su parte, no pensando ya mas que en parecer bien á Jesucristo, desde el segundo dia de la boda desterró toda gala sobresaliente y todo adorno profano. Descontentó á muchos su modestia. No tuvo ojos el mundo para ver sin mucho enfado aquel ejemplo en una señora de aquella elevacion, de aquella hermosura y aquella edad. Un hermano suyo llamado Carlos, hombre vano y poco devoto, no perdonó á medio alguno para aburrirla y para hacerla retroceder; zumbas insulsas, palabras ofensivas, interpretaciones malignas, risas, desprecios, de todo se valió para obligarla á mudar de conducta; pero toda la venganza que tomó Catalina, fué inspirar el mismo espíritu de reforma á su cuñada, mujer del mismo Carlos.

Muerto el príncipe su padre, su santa madre Brígida determinó cumplir el deseo que años antes tenia de pasar á Roma para visitar aquellos santos lugares. Una mansion en la que encontraba tanta oportunidad y tanto incentivo para satisfacer su devocion, le hizo olvidar la Suecia. Hacia-sele muy duro á Catalina vivir tan distante de su santa madre, no pudiendo carecer tan largo tiempo de su vista y de sus ejemplos. Por otra parte consideraba á Roma como el trono de la Religion y el centro de la piedad, lo que avivaba en ella el deseo de ir cuanto antes á gozar de la amable compañía de su madre. Pidió licencia á su marido, y obtenida, se puso en camino sin dilacion, despreciando los peligros de tan prolongado viaje.

Fué reciproco el gozo, y su devocion se acrecentó luego con los mutuos ejemplos. Como una y otra aspiraban á un mismo objeto, una y otra se ocupaban en los mismos ejercicios. Pasaban el tiempo en hacer oracion ante los sepulcros de los santos már-

ties, en visitar los enfermos, y en todo género de obras de misericordia.

Era á la sazón Catalina de solos diez y ocho años. Esta corta edad, junta con aquella rara hermosura, á que daban mayor lustre la virtud y la modestia, obligaron á Brígida á tener á su hija un poco mas encerrada, en una ciudad llena entonces de peligros para la gente jóven, habiéndose especialmente desenfrenado la licencia desde que los papas habian trasladado su silla y corte á Aviñon. Murió por entonces Egardo, marido de la santa, y divulgada la noticia, los mayores señores de Italia pretendieron á competencia casarse con la bellissima viuda, cautivados de las prendas que admiraban en ella. Habiéndose negado á todos, tomaron algunos la resolucion de robarla por fuerza. Á este fin apostaron gente armada, y dispusieron otros lazos para apoderarse de ella cuando iba á hacer sus devociones; mas la providencia de su divino Esposo la libró de todos los peligros á costa de repetidos milagros.

Viendo el enemigo de la salvacion que tenian mal éxito sus artificios, se valió finalmente de uno que faltó poco no le saliese bien. La opresion con que tenian á la santa doncella dentro de su casa, y la poca libertad que la dejaban para visitar los santuarios de Roma, la hicieron tan tediosa la estancia en aquella ciudad, que solo pensaba ya en volverse cuanto antes á Suecia. Inútilmente se cansaron su madre y su confesor en representarla que aquel desamor al retiro era tentacion del enemigo. Llenóse de una profunda melancolía; cubrióse su hermosísimo rostro de un color pálido, macilento y amarillo; hundiéronse los ojos, y su vivacidad tristemente amortiguada sobresaltó á todos, y se comenzaron á temer las mas funestas resultas, cuando santa Brígida, á quien el Señor habia revelado el peligro á que se exponia su hija si volvía



tan presto á su país, y la necesidad que tenia de conservarse todavia á su lado, la ordenó que doblase las devociones, que aumentase las penitencias, y que pidiese particularmente á la santísima Virgen la diese á conocer lo que Dios queria de ella. Obedeció Catalina, y fué al punto premiado su dócil rendimiento. Parecióla ver en sueños á la Madre de las misericordias, que con semblante severo la decia no tenia que esperar su proteccion una alma ingrata, que, olvidada de lo que habia prometido á Dios, solo pensaba en su patria terrena, y preocupada del desordenado amor de sus parientes, no admitía en su corazon mas deseos ni mas ansias que volver á verlos. Hizo efecto la correccion; porque en despertando Catalina, avergonzada de su inconstancia y cobardía, se arrojó á los piés de su santa madre, dándola palabra de obedecerla en todo y por todo, y de no acordarse mas de su viaje.

Desde entonces se condenó á un recogimiento mas estrecho. Su ayuno era continuo, y sus penitencias mayores. Tenia todos los dias cuatro horas de oracion; rezaba los salmos penitenciales con devotísima ternura, y añadía otras muchas devociones al oficio parvo de la santísima Virgen, que desde su niñez rezaba indispensablemente cada dia. A la oracion sucedia la labor, que solo interrumpia para dar por su mano la limosna á los pobres peregrinos, para leer en un libro espiritual, ó para ejercitarse en otras muchas obras de misericordia.

Fastidiada de las cosas del mundo, perdió hasta la memoria de ellas. Sus ordinarias conversaciones con su santa madre eran sobre la pasion de Cristo, y era tal su ternura, que solo con ver á un crucifijo se deshacia en lágrimas. Para satisfacer su tierna devocion emprendió con su madre la peregrinacion á la Tierra Santa. Tuvieron mucho que padecer en

tan penoso viaje, que hicieron únicamente por reverenciar aquellos lugares consagrados con el sudor y con los trabajos del Hijo de Dios. A vista de aquellos sagrados sitios que el Salvador habia regado con sus lágrimas y con su preciosa sangre, se conmovieron tanto las piadosas entrañas de nuestras dos peregrinas, que santa Brigida cayó gravemente enferma. El deseo de morir en Roma la obligó á embarcarse cuanto antes, acelerando su partida. Luego que llegó á Roma, murió; y Catalina sintió vivisimamente la pérdida de tal madre, sin hallar otro consuelo que el de su heroica virtud. Fué depositado el cuerpo en la iglesia de las religiosas de santa Clara en el convento de san Lorenzo; y cinco semanas despues partió Catalina para Suecia, llevando consigo las reliquias de su bienaventurada madre, que ya habia honrado el Señor con muchas maravillas. Haciéndolas depositado en el monasterio de Watzsten, se encerró Catalina con las religiosas de aquella santa casa, donde su fervor, su humildad y sus asombrosas penitencias dieron nuevo esplendor á su virtud. Obligáronla las monjas á tomar el cargo de prelada; y ella las dió la regla de San Salvador, que habia abrazado y observado en Roma por espacio de veinte y cuatro años, bajo la conducta de su madre, derramando el Señor sus abundantes bendiciones sobre el nuevo instituto.

Pero como creciesen cada dia los milagros que obraba el mismo Señor en el sepulcro de santa Brigida, el rey de Suecia Alberto, los prelados y los grandes del reino, se movieron á solicitar su canonizacion, á cuyo fin rogaron á santa Catalina que volviese á Roma para promover este importante negocio. Fué recibida de Urbano VI con grandes muestras de distincion; mas el cisma que entonces affigia á la Iglesia, obligó al papa á suspender por algun tiempo los informes del proceso, y nuestra



tra santa se vió precisada á retirarse á su amado monasterio de Watzsten, donde quebrantada ya su salud con tantas penitencias, trabajos y viajes, se fué debilitando poco á poco, y se conoció que no estaba muy distante el dichoso fin de su gloriosa carrera.

Habia veinte y cinco años que nuestra santa se confesaba todos los dias; pero en su última enfermedad lo hizo con particular fervor. No pudiendo recibir el viático por los continuos vómitos que la molestaban, pidió que la trajesen á la celda la divina eucaristía, y renovando en su presencia con devotísima ternura los actos de fe, de esperanza, de amor y de contrición, entregó el alma en manos de su Criador la víspera de la Anunciación de la santísima Virgen, siendo de edad de cuarenta y nueve años.

Era tan grande la fama de su santidad, que todos los prelados circunvecinos, y hasta el mismo príncipe Erico, hijo del rey, quisieron hallarse á su entierro. El Señor, que la había favorecido en vida con el don de milagros, quiso honrarla también en muerte con muchas maravillas. En el año de 1484, el papa Inocencio VIII permitió á las religiosas de San Salvador, por otro nombre de santa Brigida, celebrar la fiesta de santa Catalina, como segunda fundadora de la orden despues de su santa madre.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, los santos mártires Marco y Timotéo, los cuales fueron martirizados en tiempo del emperador Antonino.

En la misma ciudad, san Epigenio, presbítero, el cual alcanzó la palma del martirio habiéndolo sido degollado en la persecución del emperador Diocleciano, siendo juez Turpio.

En Roma también, la pasión de san Pigmenio, presbítero, el cual, en tiempo de Juliano Apóstata, arro-

jado en el Tiber, fué muerto por confesar la fe de Jesucristo.

En Cesarea de Palestina, el tránsito de los santos mártires Timolao, Dionisio, Pausides, Rómulo, dos Alejandro, Agapio y otro Dionisio, los cuales, habiendo sido degollados en la persecución de Diocleciano, siendo Urbano presidente, merecieron la corona de la vida.

En Berbería, el tránsito de los santos hermanos Rómulo y Segundo, martirizados por confesar á Jesucristo.

En Trento, san Simon, niño, que mataron cruelísimamente los Judíos, y resplandeció despues en muchos milagros.

En Sinnada en Frigia, san Agapito, obispo.

En Brescia, san Latino, obispo.

En Siria, san Seleuco, confesor.

*La misa es del comun de las virgenes, y la oracion, como se lee manuscrita en un misal antiguo de Suecia, es la siguiente.*

Domine Jesu Christe, qui ex abundantia charitatis, dilectam tibi Catharinam in exemplum fidelium, morum sanctimonia mirabiliter declarasti; ejus meritis et intercessione fac nos tibi devota conversatione et placitis moribus deservire. Qui vivis et regnas...

Señor nuestro Jesucristo, que por el exceso de tu amor quisiste proponer á los fieles un ejemplo de virtud en tu amada Catalina, por la santidad de sus costumbres; concédenos por su intercesión y merecimientos, que igualmente te agrademos con nuestra piadosa conducta y con nuestras buenas obras. Que vives y reinas...

*La epistola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios, y es la misma que el dia VI, pág. 128.*



## NOTA.

« Los falsos apóstoles que procuraban engañar á los fieles de Corinto, al mismo tiempo hacian cuanto podian por desacreditar á san Pablo, no perdonando hasta su misma presencia personal, que por ser de estatura pequeña, trataban de humilde y despreciable; pero ellos reciprocamente se alababan unos á otros, ponderando sus prendas y sus talentos. A esto alude el Apóstol, cuando en este lugar de su epistola muestra la vanidad de las alabanzas que los hombres se dan á sí mismos. Solo Dios nos conoce tales cuales somos, y en solo Dios debemos gloriarnos. »

## REFLEXIONES.

*Qui gloriatur, in Domino gloriatur*: El que se gloriare, gloriase en el Señor. Cualquiera otro motivo de gloria es frívolo y vano. Solemos engreirnos de lo que debiera humillarnos. Búsquese el origen de la vanagloria, y nos avergonzaremos de nuestra vanidad.

Engreirse, mirar á los demás con desden y con desprecio, porque un bisabuelo suyo fué hombre de mérito y de estimacion, ó porque sus armas y su apellido se encuentran en pergaminos viejos y en papeles roídos, ¿puede haber vanidad mas necia ni mas mentecata? Desengañémonos, el mérito es personal; las virtudes no son hereditarias. Mas glorioso es dejar á su posteridad una nobleza que no se heredó, que heredarla de sus antepasados. No hay duda que la nobleza heredada goza sus prerogativas autorizadas por el mismo Dios; es muy justo respetarla, ¿mas será por eso motivo racional de ostentacion y de orgullo?

La elevacion de un cargo que quizá compraste con tu dinero, ¿te da derecho para mirar con desprecio á

los que están mas abajo que tú? En todos los estados parece bellamente la modestia; pero se hace mas respetable en las personas de distincion. El orgullo al contrario es mas odioso, y se hace ver desde mas lejos en un puesto mas elevado. ¿Qué mérito mas superficial, mas vano ni mas frívolo, que el que se funda únicamente en tener mas posesiones, mejores alhajas y mas rentas?

¿Puede haber vanidad mas ridicula ni mas digna de compasion, que la de aquellos que se muestran fieros, altivos, desdeñosos, porque tienen buena carroza, buenos caballos y buenas libreas? A la verdad, si en esto hay algun motivo de vanagloria, es preciso que se reparta entre muchos, y que toque la menor parte al que hace mas ostentacion de esta boberia.

Unos ricos adornos inspiran ordinariamente altanería; ¿pero la puede haber mas mal fundada, ni mas sin sustancia? Tiénese por mas que los otros el que se viste con mas primor y con mas ostentacion; pero valga la verdad, el que ha menester de tantas galas y de todo ese aparato para hacerse estimar, ¿será por sí mismo muy estimable? En dando al operario la alabanza que le toca, y á las telas el precio y la estimacion que las corresponde, ¿qué quedará para el pobre que las trae? *In vestitu ne gloriaris unquam* (1).

¡Mas oh, que es hombre de grandè ingenio, de mucho entendimiento! Pues como eso sea asi, tendrá poca vanidad. Rara vez se halla el orgullo en almas verdaderamente capaces. Una virtud extraordinaria, un mérito sobresaliente, una persona de prendas muy singulares, por lo comun siempre es muy modesta. Los que merecen ser mas estimados, son de ordinario los que menos se estiman á sí mismos. Las almas

(1) Eccl. 11.



vulgarísimas, los entendimientos cortos, los espíritus que arrastran por la tierra y no saben levantarse del polvo, esos son los que están sujetos á esas hinchazones de corazon que inflaman al hombre, y le hacen pensar grandiosamente de sí. Ciertamente es preciso que valga bien poco aquel que se sustenta de humo y de viento. *Gloriantes ad quid valebimus?* Los que se alaban á sí mismos tanto, de ordinario sirven para nada. El despreciar á otros es prueba clara de poco talento y de corta capacidad. La estimacion de sí mismo es enfermedad de entendimiento y achaque del corazon. Amase la gloria, suspirase por la gloria, búscase la gloria; este es todo el objeto y todo el móvil de esa fiera pasion. ¡Ah Señor! ¿y se podrá hallar la verdadera gloria fuera de vuestro servicio? ¿No es esta aun en esta vida la legítima herencia de vuestros fieles siervos? A pesar de la envidia y de la malignidad de los libertinos, es la estimacion un tributo, digámosle así, que la razon se ve precisada á pagar á la virtud cristiana. ¡Dichoso, Dios mio, el que solo sabe gloriarse en vos! ¡dichoso el que solo hace vanidad de complaceros! ¿Quién es mas digno del respeto y de la estimacion de los hombres que el que os agrada?

*El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el día VI, pág. 130.*

### MEDITACION.

#### DEL PECADO MORTAL.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que el pecado mortal es el mayor de todos los males, y hablando propiamente, el único mal que se debe temer. Perdimento de bienes, de honra; de salud; infortunios, accidentes desgra-

ciados, ¡cuántos suspiros, cuántas lágrimas costais, cuántos malos ratos dais, de cuántas pesadumbres sois causa! Pero en medio de eso, el que es justo, el que está en gracia, es digno del respeto de los ángeles, es hombre feliz. Y al contrario, logre uno cuanto pueda desear, sea el hombre mas dichoso del mundo; si está en pecado mortal, ¿qué es á los ojos de Dios, que es el único que sabe conocer perfectamente el mérito de todas las cosas? Objeto de horror; el objeto de su indignacion y de su ira. Comprende por aquí cuánta es la malicia del pecado mortal. Aunque un hombre muera pobre, menospreciado, desgraciado, es feliz si muere sin pecado mortal; pero ¿qué es, despues de la muerte, del monarca mas poderoso de todo el universo, del hombre mas dichoso del mundo, si muere en pecado?

Considera que todas las desgracias que han sucedido desde el principio del mundo; ese diluvio de males que inundó toda la tierra; las guerras, las pestes, los incendios, las enfermedades y tantos otros azotes; la eterna condenacion de tantas almas; el infierno mismo, ese centro donde se juntan todas las desdichas, todo es efecto funesto de una sola culpa mortal. Infiere de aquí la malignidad del pecado mortal.

No se podian imaginar criaturas mas nobles ni mas perfectas que los ángeles; y con todo eso un solo pecado mortal, que se redujo únicamente á un pensamiento de orgullo consentido, y que solo duró un momento, precipitó en los abismos, y condenó á los eternos suplicios á un sin número de criaturas perfectísimas, que podian dar á Dios tanta gloria por toda la eternidad, y á quienes Dios habia criado singularmente para su gloria. Concibamos ahora, si es posible, qué cosa es el pecado mortal, ese pecado que se comete con tanta facilidad y casi sin remor-



dimiento; ese pecado tan universal en todas las edades de la vida; ese pecado que se comete riendo, por diversion y por via de entretenimiento.

¿Mi Dios! ¿sabemos bien lo que nos enseña nuestra religion? ¿tenemos siquiera una leve tintura de ella? ¿Es posible que se domestiquen los cristianos con el pecado, siendo el menor pecado mortal el mayor de todos los males, siendo el único mal que hay en el mundo! y es posible que haya quien pueda vivir un solo instante en pecado!

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que por terrible que sea la pena con que Dios castiga el pecado, no obstante, jamás iguala á su malicia.

Un solo pecado de desobediencia priva al primer hombre de la justicia original, privale de todos los dones sobrenaturales, y le acarrea á él y á toda su posteridad aquella casi infinita muchedumbre de males que nos harán llorar hasta al fin de los siglos. Seis mil años ha que Dios se está vengando, y hasta ahora no se ha dado por satisfecha su venganza; ella durará mientras dure el mundo; y el fuego del infierno que encendió la ira de Dios, permanecerá encendido por toda la eternidad. Concibamos, si es posible, por efectos tan terribles, la malicia de la causa que los produce.

¿Cuántas personas de conocida virtud, ricas en merecimientos, que habian llegado á un eminente grado de perfeccion, por un solo pecado mortal fueron infelizmente condenadas!

Háyase vivido sesenta, ochenta años en ejercicios de la mas rigurosa penitencia; háyanse practicado los actos mas heróicos de todas las virtudes; háyase convertido á todo el universo; háyanse hecho hasta milagros: un solo pecado mortal destruye, aniquila,

por decirlo así, todo este cúmulo de buenas obras. En un momento se incurre en la desgracia de Dios; en un momento se hace el pecador horrible á sus ojos; y si viene á morir en este pecado, es eternamente objeto de su ira y de sus venganzas.

Luego es mucha verdad que el pecado, no solamente es el único mal, sino que, hablando propiamente, no hay ni puede haber otro mal en el mundo. ¿Pero se le considera como tal? ¿Ah que el pecado agrada, que el pecado tiene atractivo, y aun se puede decir que muchas personas no hallan gusto en los placeres, si no están sazonados con la salsa del pecado! ¿Y no soy yo de este número? ¿he mirado hasta ahora al pecado con mucho horror? ¿Ah Señor! si consulto mi grande facilidad en cometerlo, y ei ningun dolor de haberlo cometido, ¿qué puedo pensar, ni qué puedo decir?

Detesto, Dios mio, detesto mi ceguedad. Admiro, adoro vuestra bondad y vuestro sufrimiento. Perdonadme mis culpas pasadas, pues mi penitencia va á dar testimonio de mi arrepentimiento. El pecado es el único mal que debo temer, y tambien será el único que temeré en adelante.

#### JACULATORIAS.

*Amplius lava me ab iniquitate mea, et à peccato meo munda me. Salm. 50.*

Borrad, Señor, las manchas de mis culpas; y si tengo ya la dicha de estar lavado de ellas, purificadme cada dia mas y mas.

*¿Quomodò possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum? Genes. 39.*

¿Cómo es posible, mi Dios, que pueda resolverme jamás á cometer la maldad de ofenderos y de injuriosos?